

EL REALISMO COTIDIANO EN LA OBRA LITERARIA DE JOSÉ ROMÁN

Juan Emilio Ríos Vera / Licenciado en Filología Hispánica

Ya lo dijo Juan Veral en unos juicios críticos sobre la obra del polifacético artista algecireño refiriéndose a su estilo literario:

“Ha escrito y ha dibujado mucho, pero es difícil conocer a la escuela que pertenece y el estilo que emplea. Condiscípulo de Blasco Ibañez, no lo es, porque en su naturalismo descriptivo no encontramos un rasgo homólogo del maestro Zola. Como psicólogo social, Paul Bouget no lo reconocería de los suyos y como simbolista menos, porque burla burlando, no pueden crearse las figuras de Ibsen o Tolstoi.

Para mí es sencillamente un literato ingenuo. Dice lo que lleno de seguridad ven sus ojos, sin importarle un bledo el análisis, “su estilo, es la carencia de estilo” y sin trabas, ni diapasón, escribe prosa amena...

Para éllo de menos es el fondo, la cuestión es que su lector vea lo que él ha visto. Como dicen de Guy de Maupassant -no se quejará de ir mal acompañado- la realidad entra en él y sale convertida en obra de arte.”

Efectivamente el estilo narrativo de don José Román no va a coincidir con ninguno de los modelos desarrollados a lo largo del Realismo español o europeo. No se adscribe a ninguna tendencia ni parece recibir influencias directas de ningún autor concreto. Su estilo es personal e intransferible y se caracteriza por la ingenuidad, como bien decía Juan Veral, pero también y principalmente bajo una insoportable necesidad de que el lector no saque conclusiones erróneas de lo que dice y sobre todo de un deseo casi patológico de que el receptor de la obra sepa que ésta, aunque la trama no lo aparente, va a terminar felizmente. Román, por lo tanto, se pone en el lugar de su lector y es incapaz de jugar con él, de engañarlo, de burlarse de su angustia y de su tensión, no quiere más que no sabe prolongar el suspense, la agonía del receptor que está al otro lado del libro que ávidamente va consumiendo páginas preocupado por la suerte de tal o cual personaje del que se ha hecho partidario y amigo gracias a su perfil humano y bondadoso, como suelen ser todos los personajes importantes en las obras de Román.

No es capaz de conducir al lector a través de intrincados laberintos ni de inesperados vericuetos, sino que lo lleva de la mano anticipándole siempre lo que le espera en la siguiente esquina, en la próxima página, en la escena comprometida que se avecina.

Don José gusta de tranquilizar al lector, de avisarle de que todo va a ir bien, que ninguno de sus personajes centrales va a resultar malparado. Y bajo mi punto de vista esta circunstancia en su estilo es fiel reflejo de su actitud ante las películas que iba a ver cada noche en los incipientes, cines que iban aflorando por la geografía española. En su excelente ensayo cinematográfico *Frente al lienzo*, ya Román nos desvela la insoportable tensión y la terrible angustia que le devoraba todo el cuerpo cuando, en el transcurso de una película el personaje con el que se habla identificado don José sufría cualquier tipo de injusticia, de malentendido, de desgracia o simplemente se veía implicado en un asunto turbio en el que no había intervenido. En esas circunstancias no soportaba que el director demorara el desenlace del suceso y que ralentizara el tempo de la acción para regodearse en la tensión y el stress que sufría el espectador.

Una vez solucionado el entuerto, don José respiraba aliviado. Es decir, no le interesaba tanto el estilo, los efectos logrados por el director, el manejo del tempo, la técnica... tanto como el desenlace de la trama. Por ello Román se juramenta para que en sus novelas sus lectores no tengan que sufrir esa tortura psicológica de no conocer la suerte que van a correr sus personajes, ese tormento de no poder detener la lectura por no dejar abandonado a nuestro amigo en ese maremagnum maquiavélico en el que se encuentra sumido.

Román es un antagonista de Hightcock, es un autor inocente e ingenuo que no comprende que es precisamente esa angustia la que muchas veces convierte a una obra en una obra de arte, una trama vulgar en una maravilla, gracias al estilo del autor. Y claro está, su obra se resiente y fracasa. Esta es la razón a mi entender de que su gran proyecto, la que tenía que ser su obra maestra, *El periódico de Martín Bueno*, no recibiera los parabienes que él esperaba. Y tras esa fría acogida, Román perderá todo interés por seguir escribiendo novelas.

Seguidamente nos ocuparemos de definir más profundamente el estilo, o la ausencia de éste en don José Román, en comparación con las características primordiales de los más importantes realistas españoles y extranjeros:

Román está a años luz del realismo con marcadas influencias krausistas que desarrolló Leopoldo Alas "Clarín" y que tan cercano estuvo del naturalismo de Emil Zola o de Dostoiévsky tan influenciado por las teorías de Darwin sobre la evolución de las especies y la genética y por el psicoanálisis de Freud.

Evidentemente nada de esto llega ni a adivinarse en la obra de Román, ya que el tratamiento que don José le da a sus personajes no es ni mucho menos un estudio psicológico profundo sino más bien la recreación a lo largo de toda la obra de un estereotipo, aunque si es verdad que hay una preocupación de radiografiar la psique de los personajes centrales y una disección de sus pensamientos y de su carácter.

Pero ni mucho menos llega a remontarse a su infancia para explicarnos el origen de tal o cual rasgo de su personalidad ni encontramos en sus novelas perfiles neuróticos, psicópatas ni esquizofrénicos sino personajes extraídos directamente de las calles por las que paseaba diariamente y no de laboratorios, manicomios, reformatorios o suburbios marginales. No hay en definitiva ningún rasgo de krausismo ni de naturalismo en el estilo de Román.

No hallaremos tampoco en sus narraciones la intromisión de ningún elemento distorsionador de la realidad como solía permitir don Benito Pérez Galdós en obras como *Miáu*, en la que hay un niño al que se le aparece Jesucristo y le entrega estampitas de santos para que las reparta entre sus familiares. Galdós por lo tanto no se ciñe a un realismo puro sino que gusta

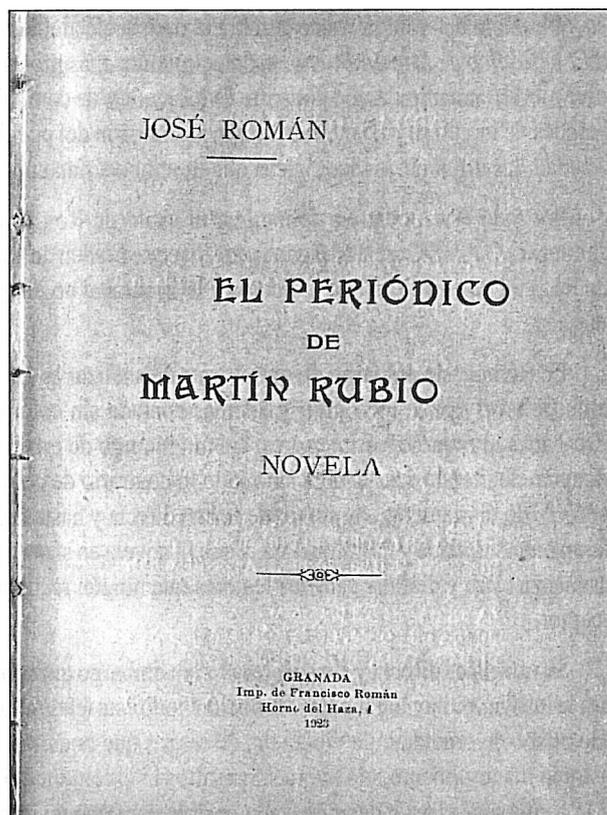
de introducir pequeñas dosis de irracionalidad y de ficción en sus argumentos precisamente para que la realidad que se describe nos parezca más cruda, más intensa y áspera, mucho más desgarradora.

No hay ni un sólo ápice de concesión a la ficción en la obra de Román. Todo es perfectamente verosímil, tan perfectamente creíble que sus argumentos están extractados directamente de acontecimientos verídicos muchas veces, y se basa con frecuencia en estereotipos de personajes sacados directamente de su realidad más cercana, de su cotidianidad más íntima, y así el autor se convierte en cronista de lo que vive, en biógrafo de su devenir en la vida en obras donde no oculta nombres reales ni situaciones acontecidas en el transcurso de su vida.

Por ello cuando se enfrasca en el apasionante proyecto de escribir una novela como *El periódico de Martín Bueno* aunque todo el argumento y los personajes sean imaginarios y creados por la poderosa mente del autor, subyace una intención de que parezca vivido todo aquello que narra como si se tratara de una más de sus obras de testimonio y de crónica de hechos que ha vivido directamente. Por ello si leemos una de sus obras autobiográficas como *Granada, Granada* en la que el autor nos cuenta las anécdotas y peripecias que le sucedieron en su periplo en la ciudad de los cármes y posteriormente leemos *El periódico de Martín Bueno* nos cuesta gran esfuerzo pensar que los acontecimientos que nos transmite en esta novela no han sido directamente contemplados por el autor-cronista y que por contra se trata de una obra de creación total. La pregunta -¿Qué personaje real del círculo de amigos o conocidos de Román subyace bajo el perfil del intrépido periodista Martín Rubio?- nos viene a la mente constantemente en el transcurso de su lectura, haciéndonos olvidar que estamos ante una novela y no ante un libro de viajes o un libro de testimonio como la mayoría de los que don José Román escribió.

Lo que si nos queda totalmente diáfano es que Martín Rubio habla por boca del propio Román y que cada idea de Rubio es totalmente compartida por su creador aportándonos datos valiosos para ir configurando la personalidad de Román y sus puntos de vista sobre el mundo del periodismo, del amarillismo, del sensacionalismo y de la tremenda corrupción que existía en el mundo de la prensa donde todo era manipulado fácilmente para controlar las emociones del pueblo y donde todo se regía por intereses personales y financieros.

Más hay, sin embargo, en común entre Román y Juan Valera, aunque salvando las distancias escrupulosamente. Valera era un autor costumbrista y gustaba de radiografiar las tradiciones y gustos de los ambientes rurales y de diseccionar la forma de pensar de los personajes que componían esa inmensa colmena, sobre todo de los personajes femeninos como Juanita la Larga o Pepita Jimenez. Valera se inspira en esa realidad andaluza y en opinión del profesor Alberto González Troyano no sabía escribir de otra cosa que no fuera esa sociedad rural andaluza que también conocía y que tan acertadamente supo



describir. Román también era costumbrista pero no de ambientes rurales sino de situaciones más urbanas como nos muestra en *El periódico de Martín Bueno*, acontecimientos más prosaicos y menos amables como la política, la injusticia social, la doble moral, la manipulación por parte de los medios de comunicación escritos, la precariedad de medios que sufrían muchas ciudades, la incultura y el analfabetismo, la sumisión del pueblo y su apatía, su desgana ante los problemas acuciantes de la sociedad, las diferencias ideológicas que desembocarían en la Guerra Civil, la locura y la enfermedad...

Por todo esto podemos denominar al estilo de Román como 'realismo cotidiano' frente al 'realismo mágico' que capitaneara Gabriel García Márquez y en el que se funden de manera armónica y natural la realidad y la ficción hasta tal punto que llega un momento en que la ficción y lo irracional no nos parece tal sino el suceso más lógico y rutinario que podamos imaginar.

En Román, sin embargo, lo que se trata de analizar es la vida cotidiana en estado puro y sin intrusismos de ningún tipo de la sociedad que le tocó vivir y además contada sin colorantes ni conservantes, sin alardes técnicos ni metáforas, sin flash-backs ni monólogos interiores, sin ningún tipo de estrategia para sorprender al lector o para despistarlo, sin ninguna intención de literaturizar la obra sino todo lo contrario de cotidianizar lo literario para que lo inventado parezca fiel reflejo de lo vivido diariamente, de contar de forma directa y hasta ingenua todo aquello que se crea en la mente con una intención claramente didáctica y moralizadora. Toda la novela en sí pasa por lo tanto a convertirse en una prolongada moraleja, en una enseñanza clara y diáfana para sus lectores que ningún recurso estilístico puede desnaturalizar y provocar la confusión del receptor.

Su novela es directa y sin sorpresas y sin embargo quizá por eso el lector llega a desesperarse puesto que no hay cabida para la intriga, no hay lugar para la emoción, todo está teleografiado de antemano, toda posible angustia está cercenada de raíz, todo atisbo de crueldad, de violencia, de rasgos que pudieran hacer al lector temer por la suerte del personaje central está castrado del argumento. No habrá sobresaltos ni escenas ambiguas, sólo habrá una lección que transmitir al lector-alumno de la forma más clara y desmenuzada posible para que no se pierda ni una coma de lo que el autor quiere que entienda.

Pérez Arriete, uno de los conocedores más profundos de la obra de Román y amigo íntimo, calificaba al Román narrativo como un ironista despiadado y triste que, burla burlando "*sabe desgarrar, con el bisturí de la sátira, los viejos tejidos que cubren los malsanos prejuicios de nuestra sociedad, de nuestras costumbres, mostrando descarnados sus vicios, debilidades y sentimientos. Pero lo hace con la habilidad del que riendo llora. Prueba de ello son sus libros. Quisiera saber si hay quien asegure que entre sus capítulos, descuella la nota francamente fútil y burlesca. No la he podido hallar. Entre sus frases dichas sin jactancias, entre sus imágenes vestidas con sencillez y fácil ropaje, no he vislumbrado la bufonada. Antes al contrario, a veces en un capítulo que parece escrito para hacer reír, creí atisbar la amargura de una ironía profunda*".

En efecto a Román le perdía su desconocimiento casi total de las técnicas narrativas y sus obras carecían de profundidad, de trabajo de estrategia que sabe como tiene que manejar al lector, como hacerlo debatirse en la angustia, como burlarse de sus emociones sabiamente provocadas milimétricamente por el autor, como regodearse en la impaciencia que siente el que está en la otra orilla del libro sin saber qué le espera y qué pérfidas maquinaciones ha tramado el creador que domina de forma experta una serie de mecanismos y de técnicas que le hacen sentirse un dios de las palabras y de las escenas frente al desvalido receptor que en su loca carrera contra el sobresalto y la sorpresa devora las páginas para acabar con esa agonía que le tiene cogido el pellizco y no lo suelta.

A Román en el plano novelesco, en su obra narrativa le perdió el excesivo polifacetismo que le hace ser bueno en casi todo pero no primera figura en nada por la excesiva dispersión. Así, de esta forma, en su intento por convertirse en novelista le pierde su ingenuidad, su falta de preparación, su desconocimiento casi absoluto del dominio de las herramientas

imprescindibles para tan dificultosa labor; y le sobró buena fe, inocencia y sobre todo pretender hacer novela como el que hace un libro de viajes o una biografía. Román da demasiados detalles, demasiadas pistas al lector, llegando incluso a adelantarse a los acontecimientos y a no dejar siquiera que el lector llegue a padecer el desasosiego de desconocer el devenir de la trama. Román no permite que el receptor sufra, le anula todo morbo, toda presión, todo sufrimiento y de esta forma tan radical aborta toda aventura, toda catarsis de los sentidos desatados ante la pirueta inesperada y magistral del autor que le rompe los esquemas y que lo vuelve a engañar cuando el lector ya se creía invencible, dueño total de la situación y alardea de su perspicacia y sus dotes de observación y de inteligencia. El autor se ha burlado de él, ha dejado que se crea que ya vislumbra el final, permite que el lector crea que ha adivinado el desenlace de la obra y al final vuelve a dar un giro de trescientos sesenta grados a la situación y se saca de la manga un as inesperado. Entonces al lector no le queda otra opción que sentirse halagado, sorprendido por la técnica exquisita del narrador, encantado con la aventura que ha vivido.

En las narraciones de Román no hay posible sorpresa, no hay cabriolas, todo es demasiado evidente, demasiado rectilíneo, la novela se convierte en algo predecible y simple, termina reducido a un catálogo de personajes más o menos bien contruidos pero que piensan en voz alta, que nos susurran al oído lo que pasa por su cabeza, y que casi nos consultan lo que deben hacer, y al final todo será dicha y sosiego, todo será perfecto, el desenlace siempre será el mejor de los posibles, sin apenas heridos, sin secuelas, sin bajas aparentes, todo ha sido una tormenta en un vaso de agua, todo ha sido un mal sueño efímero. Y al final todos fueron felices y comieron perdices. Eso si queda una buena dosis de crítica social, de descarnada ironía, de valentía a la hora de tratar temas espinosos, de aseado planteamiento de las situaciones, de maravillosos retratos de paisajes y personajes, de brillantes descripciones, de sesudas elucubraciones filosóficas y morales. Pero todo tan aséptico, todo tan plano que no hay novela propiamente dicha.

Así la respuesta del público es fría, insípido su transcurrir a lo largo de las páginas si sólo te interesa la emoción, la acción, la aventura, distante tu implicación en la trama porque ya el narrador omnisciente que por supuesto es el propio autor te ahorra tu papel de elucubrador, de pitoniso, de adivino.

Y creo que Román se dio perfecta cuenta de este detalle y se convenció de su incapacidad para hacer vibrar a sus espectadores, para provocarles la catarsis que ellos demandaban.

Y es que Román no pretendía eso. Su finalidad era la de contar unas circunstancias vitales, una moraleja positiva, optimista que demostrara que un joven periodista sin escuela, como se autodenomina el propio Martín Rubio, consiga fundar un periódico que sea admirado por todos gracias a la sinceridad y franqueza de su director que sólo sabe decir lo que ve y lo que siente sin hipocresía, sin intereses partidistas, sin palabrería inútil, sin dejarse someter a presiones o chantajes, y sobre todo sin la verborrea contrahecha de los periodistas sino con un lenguaje coloquial y desnudo que todos entienden.

Pero Martín Rubio sabe que esa proeza no durará mucho tiempo puesto que no se pueden evitar siempre las presiones externas ni el peso del dinero y es absolutamente consciente que la novedad dura poco y que pronto se pierde toda frescura, y que toda sorpresa se convierte en rutina a las primeras de cambio. Por ello el héroe, el adalid de la verdad, de la honestidad, de la franqueza sucumbe a las tentaciones de esa sociedad que él mismo critica desde la privilegiada atalaya de su periódico y decide aceptar el puesto de encargado en unos prestigiosos almacenes de su localidad donde gozará de la seguridad y prosperidad que tanto ansiaba y que le reportara el beneplácito de su prometida y de la madre de ésta que se negaban a darle la mano de su hija hasta que no mejorara su status económico y social. De esta forma el héroe claudica ante los que le rechazaban por su precaria situación y vuelve, aparentemente vencedor, a donde le cerraron las puertas para reclamar lo suyo. Así sale airoso de su personal batalla pero el lector y él mismo sabe que en realidad, como el propio Lazarillo de Tormes, al final es devorado por la propia sociedad a la que combatía.

Comunicaciones

Román pretendía, por tanto, presentar una situación cotidiana de la vida y sacarle punta creando un personaje compacto y sin fisuras del que nos hacemos rápidamente partidarios y defensores, alegrándonos de sus éxitos y preocupándonos por su futuro inmediato, sinténdonos complacidos por su victoria final y por su felicidad. Pero qué poco hemos tenido que sufrir para comprobar su triunfo, para ser testigos de sus logros; qué fácil ha sido estar a su lado durante la travesía por el desierto con ese inexperto narrador que nos contaba sus peripecias antes de que tuviéramos tiempo de abrir siquiera los sobres de sus cartas angustiadas; qué plácida ha sido nuestra espera con ese eficiente confidente que nos chivaba todo lo que nuestro amigo hacía o dejaba de hacer y que, antes de que le diéramos la vuelta a la página para saber de él, nos enviaba un fax con un informe completo de sus correrías.

BIBLIOGRAFÍA

ROMÁN COZÁRNEGO, José. *El Periódico de Martín Rubio*. 1ª Ed. 1923. Algeciras. pp. 206.

BOLUFER VICIOSO, Andrés. *Tras los pasos de José Román*. 1ª ed. 1998. Fundación José Luis Cano. Algeciras. pp. 150.